

MI MEJOR VERANO

Juan Antonio Díaz

*Profesor de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad de Granada y pintor.*



Mi mejor verano fueron en realidad casi todos los veranos de la década de los 60 y los 70, todos parecidos y todos diferentes. La memoria de esos años está asociada a los largos veranos en el pueblo en el que nací, Cabra del Santo Cristo, un lugar escondido en el corazón de Sierra Mágina, rodeado de pinos, olivos y huertos y al que regresábamos después de pasar todo el año internos en colegios de Granada. Eran aquellos primeros años, en los que todavía no existían las piscinas municipales, vivíamos felices, libres y salvajes, yendo cada día de alberca en alberca ignorando todos los riesgos que pasaban por

llevar en el grupo a alguien que no sabía nadar, y a bañarte rodeado de serpientes de agua, ranas y obas, esa verde e inquietante vegetación que crecía en muchas de ellas.

Pero cuando pienso en esos veranos, estoy pensando realmente en mi pandilla, un grupo de amigos y amigas que se había consolidado en nuestra primera adolescencia, que sugería y ponía en marcha todo tipo de actividades, desde las lúdicas-deportivas hasta los guateques donde empezábamos a enfrentarnos a nuestra descarga hormonal adolescente.

Nuestro deambular de alberca en alberca tuvo un cambio significativo que todos recordaremos con nostalgia. Empezamos a acudir a casa de uno de los amigos, que tenía un gran huerto y dos albercas enormes que compartían la doble función de refrescarnos y de regar las frutas y hortalizas del verano. Y ya no se trataba de un grupo sólo de niños, sino que había niñas, hermanas, primas, pero también madres y tías, que daban el toque de erotismo que cualquier adolescente ansiaba en esos años. Ya no sólo competíamos nadando o buceando, sino que veíamos como una agradable sorpresa el despertar de nuestro cuerpo a esos estímulos visuales tan poderosamente atractivos.

Luego estaba la siesta, los partidos de fútbol, baloncesto o tenis y las excusiones en bicicleta unas veces hasta el Cortijuelo, Cujar o la estación de ferrocarril, otras hasta el paraje del Nicho de la Legua.

Pero era en los guateques donde nos iniciábamos en el arte de la seducción, con desigual fortuna, vigilados a veces por la inquietante presencia de una madre, que impedía con su mirada, avanzar en cualquier sentido o, a veces, rechazados en nuestros intentos de algo más, por unas niñas pudorosas. Luego, al quedarnos solos, poco a poco se iban formando parejas tipo, es decir el guaperas o el más simpático se llevaba a la niña más guapa, mientras los demás iban escogiendo pareja por afinidad o por eliminación. Claro que siempre te quedaba el consuelo de hacer de ponedor de discos o disc-jockey como ya empezábamos a llamarlos y en función de su habilidad y conocimientos musicales aquello iba suave como la seda o de una brusquedad que podía dar al traste con el guateque. Lo normal era alternar un sesenta y cinco por ciento de lento, para bailar agarrado y un treinta y cinco de rápido con los últimos éxitos del momento. Cualquiera de las de Adamo, *Con su blanca palidez*, de Procol Harum, o *La Casa del Sol Naciente*, de los Animals, se alternaban con el *Twist and Shout*, o *A Hard Days Night* de los Beatles o con el *Get on your knees* de los Canarios. Luego estaban los de la tierra, Los Ángeles, o Miguel Ríos, pero sobre todo casi todos los cantantes negros de la Motown, Aretha Franklin, Diana Ross y The Supremes.

Crecimos, en ese sentido, alimentados por una banda sonora compartida por todos los jóvenes españoles de esa época, con pequeñas diferencias. No sé por qué pero el grupo de amigos descubrió, como el resto del género humano, todo un mundo sonoro y una forma nueva de vivir en las canciones de los Beatles.

Ellos nos abrieron la puerta a la modernidad y nos guiaron por el camino de la rebeldía para romper con la monotonía de nuestra indumentaria y la uniformidad en los cortes de pelo. Los mas lanzados empezamos a dejárnoslo crecer, algo que nuestros padres veían

como el inicio de rebeldías mayores y en muchos casos no dudaron en atajar de forma drástica esos detalles innovadores.

Descubrimos a los Beatles un día de verano de 1963, cuando alertados por una amiga que vivía en Sevilla, asistimos atónitos a la proyección de *Que noche la de aquel día*. Aquellas imágenes cambiaron para siempre nuestras vidas y en mi caso no hizo sino aumentar mi interés por la lengua de Lennon y McCartney, al tiempo que aumentaba la tensión con mi padre, que veía mi alejamiento radical de los principios que regían esa España gris que él representaba y mi inclinación hacia todo lo extranjero y novedoso, incluida esa lengua que había provocado todo el cambio.

Las sesiones de cine de verano tenían la doble finalidad de alargar el número de horas con tus amigos y al mismo tiempo recuperar las películas que se nos habían escapado mientras estudiábamos en Granada. Por supuesto no faltaba la introducción del NODO y las bolsas de pipas y maní o helados.

El final de esos veranos estaba marcado por las fiestas en honor al Patrón, el Santo Cristo de Burgos. Tenían entonces lugar a finales de Septiembre, en torno al día de San Miguel, y en esos años empezaron a contratar grupos para amenizar la verbena que supondrían un hito en nuestras vidas y el colofón a todos aquellos guateques veraniegos. De aquellos grupos recuerdo a los Crisant y a los Teddyboys. Tenían un nivel musical bastante alto y sus versiones eran una réplica exacta de los originales. Cuando el batería de los Crisant hacía un solo se paralizaba todo el local. Las chicas de nuestro grupo dejaban de hacernos caso durante esos días para intentar atraer la atención del guitarra solista o del batería, siempre los de más éxito. Yo, que por aquel entonces ya andaba interesado por la música a caballo entre el rock y la canción protesta, les pedí que nos dejaran subir al escenario en uno de los descansos y ahí estamos nosotros emulando a nuestros ídolos de entonces con un aspecto entre Beatles y Brincos de andar por casa. Esa fotografía fue durante años nuestra mejor tarjeta de presentación con las chicas y uno de esos recuerdos indelebles de aquellos largos y cálidos veranos.